

Solo

Desperté con el cantar de otro gallo impertinente, quizá el mismo de siempre, antes de la primera campanada. Un cantar que me aterró, porque indicaba que sería mi último día con Hotus. Aquella tercera mañana nos instalamos en la plaza del tomate, así apodada por un festejo local que consistía en dos grupos divididos lanzándose la fruta, botánicamente hablando pues conozco ese estúpido debate, y dejando la plaza roja y húmeda una vez al año. Aunque quise demostrar mi fortaleza y determinación, Hotus no me hizo cantar aquel día, alegando que no haría falta. Sospecho que el estado de mi cara tendría algo que ver, y que su visión probablemente atraería a muy pocos.

Pasé mañana y tarde en el carromato, saliendo únicamente para aliviar la vejiga y comprar pan con un cuarto de penique prestado. Hotus recibía a sus compradores con labia y alegría, y estos aprovechaban para preguntar por las nuevas del camino.

– Oh, sí. Nació la semana pasada. Una niña, sin embargo, conqué el emperador sigue sin tener heredero.

– Dicen que Mohad se prepara para la guerra con Suna... –comentó una mujer de edad avanzada, faz tersa y el cabello gris hasta por los hombros a la que le había vendido jengibre.

– Sí. Los rumores así lo quieren. Suna no está en su mejor momento. La peste amenaza con matar a toda la población en Manesha, y Visna, que es ahora la nueva capital, sufrió un terremoto hace unas dos lunas. Parece que Mohad quiere volver a expandirse como antaño, sobre todo desde que acabaron con los Val'Dore y condenaron al último de ellos al desierto.

Yo no entendía ni la mitad de las cosas que contaba el peculiar calderero, pero me gustaba escucharle hablar de lugares cuyos nombres me eran desconocidos. De acontecimientos que tomaban forma en mi imaginación y me colmaban de sueños. Creo que fue aquel día, cuando tomé mi segunda decisión más importante hasta el momento: viajaría. Conocería todos esos lugares que mentaba. Pero solamente una vez me hubiera vengado, por supuesto. Esa era la prioridad.

Mientras comíamos huevos con polenta, Hotus quiso comentar conmigo algo que le pareció de lo más curioso.

– ¿Sabes de qué color son tus ojos? –me preguntó.

– Color ceniza –dije sin titubear, ya que los había visto alguna vez, y Berger solía describirlos así.

– Cuando abriste los ojos ayer, tras la paliza, tus ojos tenían tonos rojos y verdes en la parte inferior del iris. Pensé que podría ser consecuencia de los golpes o las pedradas, pero cuantas más vueltas le doy, más errado me siento.

– Nunca he visto a nadie con los ojos de varios colores –confesé, entre sorprendido y divertido.

– Lo llamaban heterocromía, pero hace décadas que desapareció. La Iglesia limerea lo consideraba un signo demoníaco, conqué exterminaron a todos los que lo padecían en una caza de brujas que duró largos años.

Tragué saliva, asustado. El anciano se percató, y trató de tranquilizarme con más polenta y asegurando que en ese momento, mis ojos eran totalmente grises, sin rastro de heterocromía. Funcionó, aunque el bicho de la curiosidad siguió cosquilleándome en las tripas.

Un hombre alto y fornido se acercó cuando hubimos terminado de comer, y yo yacía en el fondo del carro con la panza hinchada mientras Hotus organizaba el pequeño mostrador colocando sus cachivaches de tal forma que pudiera aprovechar todo el espacio.

– Saludos buen hombre –empezó Hotus.

– Buenas tardes, calderero –correspondió el jayán–. Vengo en busca de chapa.

– Por supuesto, tengo láminas de la mejor calidad.

– Necesito hojalata fina... Ya sabe, para mis conservas.

Hotus se rascó la barbilla mientras buscaba las láminas de las que hablaba para mostrárselas. “Una imagen vale más que mil palabras” me dijo cuando quise partir a cantar sus productos sin ellos, el primer día.

– Estas son –le mostró una para que el hombre la examinara–. ¿No hay hojalateros en Magnalia? –preguntó con extrañeza.

– Los hay, pero corruptos –el varón dio varias vueltas a la lámina, la escudriñó minuciosamente, la rascó, la forzó levemente y asintió satisfecho–. Todos se han compinchado para subir los precios.

– Entiendo. En ese caso, supongo que querréis varias. Las vendo a un penique por lámina.

– Diez láminas por seis peniques –ofreció el hombre, que era más calvo que un huevo de avestruz.

– Mi hijo se acaba de llevar una paliza, tendré que comprar bálsamo cuanto antes, y no crece en los árboles como las manzanas...

– Está bien –dijo el hombre clavando su mirada en mi silueta, al interior del vehículo de madera–, ocho peniques.

Hotus aceptó y le entregó las láminas de hojalata de buena gana. El hombre depositó las monedas sobre el mostrador y ambos se estrecharon la mano. Era el gesto habitual con el que se cerraban las transacciones en el Creciente. También Berger lo hacía cuando vendía algún queso en la granja. Nuestra querida granja.

– ¿Qué dicen los senderos sobre la alianza del Creciente con Alderion?

– Que es lo más sensato para acabar con los ataques Omorukele.

– Eso mismo pienso yo. Los saqueos nos han costado muchas cosechas en los últimos años. La ciudad es cada vez más pobre, y los precios del sustento cada vez más altos.

– Desde luego. Tres cuartos de penique por una jarra de cerveza...

– ¡Debería ser pecado! –se quejó el comprador.

– En el fondo del mar yacen los ávaros del ayer, nos advirtió Jesambed. ¿No es cierto?

Dejé de seguir la conversación porque sabía que lo siguiente trataría de religión, y mi difunto padre adoptivo me enseñó a desconfiar de ella. En su lugar, me sumí en mis propios pensamientos. ¿Qué haría al día siguiente, una vez que Hotus se marchara? No me dio para pensar demasiado, ya que quedé dormido en una postura que, de hecho, me provocó un dolor de cuello que se sumó a la larga lista de mis dolencias.

Cenamos sopa de tomate y gachas. Aquella fue la última cena con el benevolente calderero, que fue mi primer amigo en la gran ciudad. Traté de convencerlo, una última vez, de que me llevara con él a esas islas a las que se dirigía.

– Sospecho que tienes más en común con la gente de las islas del borde que con los habitantes de esta ciudad, Alden. Pero no puedo llevarte conmigo. Es una larga y peligrosa travesía que a veces encuentra rocas afiladas en vez de puerto. Y es caro, muy caro. No podría pagar dos pases...

Se me encogió el estómago solo de pensar que su travesía acabara en naufragio. Había perdido a toda mi familia y mis amigos granjeros. No quería perder a Hotus tan rápido. Al cabo de un rato, volvió a hablar.

– ¿Qué harás mañana? –me preguntó.

– No lo sé.

– Harías bien en buscarte un trabajo como pinche en alguna posada. Eres válido e inteligente. Lo harás bien. Y aprenderás mucho.

Aquella noche soñé con marineros y gaviotas, con olas y tempestades, y un mar de dudas embravecido.